

"Por el Bien Común": identidades profesionales, negociaciones sociales y la formación de la clase media en Bogotá, 1958-1965

Resumen: El presente artículo busca discutir cómo, a partir del inicio del Frente Nacional en 1958, profesionales vinculados al Estado colombiano negociaron sus identidades como parte de una clase media en formación. Se analiza cómo moldearon tanto los programas de desarrollo como la aplicación de la Alianza para el Progreso, así como los significados políticos de las identidades y las prácticas de la clase media. En este proceso —siempre inacabado y contingente— estos profesionales de clase media lograron legitimarse como "sujetos democráticos" en oposición a las llamadas oligarquías, a quienes veían como la fuente suprema de anti-democracia.

Palabras clave: clase media, identidades, democracia, Guerra Fría, Frente Nacional.

"For the Common Good": Professional Identities, Social Negotiations and the Making of the Middle Class in Bogotá, 1958-1965

Abstract: By appropriating the concept of social negotiation, the article discusses how, since the beginning of the National Front in Colombia in 1958, professional women and men working for national and local states negotiated their identities as part of a middle class. The chapter also demonstrates how these women and men shaped development programs such as the Alliance for Progress. Through these negotiations, these professionals sought to legitimize themselves as the source of democratic government in an eternal opposition to those who were defined as the supreme representation of anti-democracy.

Keywords: middle classes, social identities, democracy, Cold War, National Front.

"Pelo bem comum": identidades profissionais, negociações sociais e a formação da classe média em Bogotá, 1958-1965

Resumo: O presente artigo discute como, desde o início do Frente Nacional, em 1958, profissionais vinculados ao Estado colombiano negociou suas identidades como parte de uma classe média em formação. Analisa-se como moldaram tanto os programas de desenvolvimento como a aplicação da "Alianza para el Progreso", assim como os significados políticos das identidades e práticas da classe média. Neste processo —sempre inacabado e contingente— profissionais da classe média se legitimaram como "sujeitos democráticos", em oposição ao que viam como a fonte superior da "anti-democracia".

Palavras-chave: classe média, identidades, democracia, Guerra Fria, Frente Nacional.

Cómo citar este artículo: A. Ricardo López, "'Por el Bien Común': identidades profesionales, negociaciones sociales y la formación de la clase media en Bogotá, 1958-1965", *Trashumante. Revista Americana de Historia Social* 6 (2015): 126-145.

DOI: [dx.doi.org/10.17533/udea.trahs.n6a07](https://doi.org/10.17533/udea.trahs.n6a07).

Fecha de recepción: 5 de julio de 2014

Fecha de aprobación: 24 de noviembre de 2014



A. Ricardo López Pedreros: Doctor en Historia de América Latina por la University of Maryland (Estados Unidos) la tesis "A Beautiful Class, an Irresistible Democracy". Ha escrito varios artículos sobre la formación de la clase media en Colombia y editado el libro *The Making of the Middle Class: Toward a Transnational History* [Durham, N.C.: Duke University Press, 2012]. Actualmente es profesor de la Western Washington University [Estados Unidos].

Correo electrónico: ricardo.lopez@wwu.edu.

“Por el Bien Común”: identidades profesionales, negociaciones sociales y la formación de la clase media en Bogotá, 1958-1965

A. Ricardo López

En 1958, Luis Escobar, un agrónomo que trabajaba para el Ministerio de Agricultura colombiano en un programa coordinado por la Cooperativa Técnica Colombo-Americana (SCADATA, Colombian American Cooperative Technical Service in Agriculture), escribía y hablaba extensamente en distintos foros sobre sus ideas y experiencias como profesional. Estaba convencido de que podría poner toda su preparación profesional, su conocimiento científico y su compromiso social al servicio de “el bien común del país”. Trabajaba sin descanso preparando sus conferencias, dedicaba su rutina laboral a importantes reuniones con “hombres de empresa” en zonas aledañas a Bogotá y discutía con sus colegas en oficinas estatales para convencerlos de que su compromiso profesional —el suyo y el de otros miembros de su clase— era crucial para construir un “país próspero, moderno e innovador.” Las frustraciones, sin embargo, no se hicieron esperar. A pesar de su dedicación, Escobar se quejaba con insistencia de que su trabajo era “difícil... agotador” y, sobre todo, “daba pocos resultados.” Como miembro de la clase media, solo quería que con su profesionalismo y preparación Colombia lograra una “verdadera democracia... fuerte y musculosa”. Sus desorganizadas notas etnográficas de finales de los años 50 sugieren, además, que, para Escobar, era una verdadera obsesión la necesidad de cultivar “las cualidades humanas” en todos aquéllos que, de una u otra manera, participaban en la modernización de la nación. Así como muchos otros profesionales, Escobar quería educar a “los oligarcas... los patronos... los sectores tradicionales de este país”. La tarea no era fácil pero él estaba convencido de que, para conformar un país en el que sus “hijos pudieran vivir más amablemente... y en armonía”, esos oligarcas debían abandonar su “trágica función anti-moderna”, que entre otras cosas, afirmaba, había causado la violencia de los años 50. Para este profesional era imperativo que esos grupos “recapacitaran” en sus formas de acción y conducción del país para que lo llevaran por “la senda de la modernidad... la restauración social y la convivencia política”. Para ello, Escobar creía firmemente que solo los profesionales de clase media como él podían y debían realizar lo que se percibía como una de las tareas más importantes para la

segunda mitad del siglo XX: convertir a las oligarquías tradicionales en “verdaderas élites modernas” e integrarlas de lleno en el “desarrollo democrático del país”.¹ Solo así, concluía Escobar, su papel como profesional de clase media adquiriría el debido respeto social y quizás el reconocimiento político, pues de gente como él dependería que la nación colombiana superara, de una vez por todas, los problemas que habían causado el atraso del país: el sectarismo político, la lucha de clases, el odio social y, sobre todo, la violencia partidista.²

Los escritos de Luis Escobar permiten formular varias preguntas sobre la formación histórica de la clase media en Colombia durante los primeros años de la Guerra Fría. ¿Qué significó ser parte de una clase media en este momento crucial de la historia colombiana, cuando un gobierno de coalición —el Frente Nacional— intentó superar lo que se consideraba el mayor obstáculo para la democracia y la modernidad: la violencia de los años 50? ¿Cuáles fueron las razones históricas y condiciones discursivas para que profesionales como Escobar se definieran a sí mismos como clase media y, a la vez, se obsesionaran con la educación de los “oligarcas” y con el objeto de construir lo que ellos llamaban una “verdadera democracia”? Y ¿cómo se negoció en la práctica tal proyecto político-pedagógico, cuando estos profesionales se encontraron con las consabidas oligarquías?

En este artículo quiero ofrecer algunas respuestas a estos interrogantes para repensar la formación histórica de la clase media y su participación política en los primeros años de la Guerra Fría en Colombia. Dado el limitado espacio del que dispongo, el texto discute cómo, a partir del inicio del Frente Nacional en 1958, un gran número de profesionales que se vincularon al Estado colombiano y experimentaron la preocupación transnacional que asociaba a la clase media con la consolidación de la democracia liberal. En particular, intento elucidar como esta preocupación produjo una serie de negociaciones de clase entre “oligarquías” y esa clase media profesional. Arguyo que a través de tales negociaciones, mujeres y hombres profesionales moldearon tanto los programas de desarrollo como la Alianza para el Progreso y los significados políticos de las identidades y las prácticas propias de la clase media. Además, demuestro que durante la primera mitad de la década de 1960 estos hombres y mujeres establecieron un proyecto jerárquico de clase y género que les permitió definirse a sí mismos como sujetos legítimos de una democracia, en oposición al grupo al que percibían como el mayor obstáculo para la consolidación de la democracia —la “oligarquía”—, grupo al que ellos, como profesionales de clase media, debían educar para hacerlos superar su posición anti-democrática tradicional.³

1. Notas de campo, programas rurales y desarrollo de la comunidad, subgerencia: fomento industrial, 1958-1961, Ministerio de Agricultura y Cooperativa Técnica Colombo-Americana, (STACA).
2. Notas de campo, programas rurales y desarrollo de la comunidad, subgerencia: fomento industrial, 1958-1961, (STACA).
3. Para una discusión sobre la clase media y sus definiciones históricas, véase *The Making of the Middle Class: Toward a Transnational History of the Middle Class*, eds. A. Ricardo López y Barbara Weinstein (Durham: Duke University Press, 2012); A. Ricardo López, “Nosotros también somos parte del pueblo gaitanismo, empleados y la formación histórica de la clase media en Bogotá,

Para los objetivos de este artículo, el concepto de negociación sugiere una relectura de por lo menos dos procesos históricos durante la temprana Guerra Fría en Colombia.⁴ Por un lado, dicho concepto nos ayuda a entender los programas de desarrollo económico, como la Alianza para el Progreso, y su específica traducción en políticas sociales durante el periodo del Frente Nacional como un proyecto que fue moldeado por varios actores históricos. Así, estos programas no son entendidos como un adorno ideológico de contra-insurgencia y anti-comunismo impuesto desde arriba por un selecto grupo de las élites nacionales, ni desde afuera por un poder imperial. En efecto, se interpela la imagen de los grupos sociales como actores destinados a obedecer los mandatos de tales políticas sociales. Lo que se propone es, más bien, explicar históricamente estos programas de desarrollo como parte de un proyecto en constante negociación que permitió a diferentes actores —en este caso oligarquías y profesionales de clase media— redefinir sus intereses de clase y sus identidades de género.⁵

Por otro lado, el concepto de negociación permite indagar las discusiones, frustraciones, pactos y estrategias que se articularon cuando estos profesionales buscaron educar a las llamadas oligarquías, como respuesta a los imperativos de las diferentes políticas sociales del Frente Nacional y a los programas de desarrollo como la Alianza para el Progreso. Así, el concepto de negociación evidencia las disputas, las resistencias y las articulaciones que se dieron entre los profesionales y las concebidas oligarquías, a propósito de cómo se debía definir el proceso de modernización propuesto por los programas de desarrollo. Vale la pena advertir, además, que el concepto de negociación es útil no para evadir el estudio del poder, sino como una apuesta metodológica que nos ayuda a explicar cómo diferentes formas de dominación se cuestionan o consolidan en momentos históricos específicos.

1. La Alianza para el Progreso, el Frente Nacional y una clase media profesional

El Frente Nacional buscó, a través de diferentes políticas de Estado, superar lo que en el momento se consideraba el mayor obstáculo para crear una democracia: la herencia de la violencia de los años 50. Este proyecto político fue una coalición entre los partidos tradicionales —conservador y liberal— que duró por lo menos 16 años. El régimen frente-nacionalista, formalizado en 1958 luego de varias discusiones entre los líderes del Partido Liberal, Alberto Lleras Camargo, y del Con-

1936-1948”, *Revista de Estudios Sociales* 41 (2011): 84-105.

4. En este caso sigo los trabajos de Mary Kay Vaughan, *La política cultural en la Revolución: maestros, campesinos y escuelas en México, 1930-1940* (México: Fondo de Cultura Económica, 2001) 21-42; Gilbert Joseph, “Close Encounters. Toward a New Cultural History of U.S.-Latin American Relations”, *Close Encounters of Empire: Writing the Cultural History of U.S.-Latin American Relations*, eds. Gilbert Joseph y otros (Durham, N.C: Duke University Press, 1998) 3-46.
5. Ver, entre otros, Michael E. Latham, *Modernization as Ideology: American Social Science and “National Building” in the Kennedy Era* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2000); Greg Grandin, *The Last Colonial Massacre: Latin America in the Cold War* (Chicago: University of Chicago Press, 2004).

servador, Laureano Gómez, institucionalizó la exclusión compartida de la presidencia, los cargos públicos, y, sobre todo, las elecciones. Es claro, como lo han demostrado muchos historiadores, que el Frente Nacional fue una forma de consociacionalismo que permitió que sólo los miembros de los dos partidos tradicionales tuvieran acceso al proceso político y electoral.⁶ De acuerdo con este argumento, la mayoría de los historiadores han asumido que, por un lado, el Frente Nacional descuidó lo social, y por el otro, simplemente consolidó un discurso "de buenas intenciones" sobre la necesidad de modernizar las relaciones sociales.⁷ Es más, aún se arguye que tal proyecto político fue consolidado a través de un pacto tácito y autónomo de no agresión entre caballeros de las élites. Aunque tales argumentos son válidos desde un entendimiento formalista del Frente Nacional, una lectura más amplia y detallada de las políticas de Estado hacia lo social podría llevarnos a un argumento algo diferente y quizás más complicado. De hecho, tal lectura permite concluir que las políticas sociales de los gobiernos del Frente Nacional entre 1958 y 1974 fueron mucho más que un discurso hueco o una mera declaración de buenas intenciones.

Específicamente, y dado el contexto de la violencia, las administraciones del Frente Nacional se apropiaron de la preocupación transnacional por crear una clase media para lo cual diseñaron una política estatal, que implementaron con la ayuda de organizaciones privadas de varios países del mundo y, por supuesto, con el apoyo estadounidense. Desde finales de los años 50 y principios de los 60, dicha política buscó erradicar lo que se consideraba las causas de la violencia: las rivalidades de clase, la feudalización de la sociedad, la polarización política, la amenaza del comunismo y las inequidades económicas.

En esto, Colombia no fue un caso único en el contexto de la posguerra. La preocupación por fortalecer a la clase media como forma apropiada de dominación fue el resultado de una discusión transnacional en la cual participaron las élites modernizantes en América Latina, los intelectuales de varias universidades en América y Europa, las oficinas de desarrollo de los Estados Unidos y varias organizaciones internacionales. El objetivo era lo que ellos llamaban la "democratización/profesionalización de las relaciones sociales", es decir, la erradicación de los remanentes feudales en las sociedades latinoamericanas, que estaban compuestas, básicamente, por una reducida oligarquía o aristocracia anti-democrática y una gran masa de personas supuestamente ignorantes de la democracia y sus beneficios, como tales, susceptibles de ser cooptadas por influencias comunistas. Esa realidad "feudal," se decía, llevaría a otra etapa de violencia, a la radicalización y, en el peor de los casos, al triunfo del comunismo. Una clase media podría responder a tales amenazas creando las condiciones necesarias para abandonar la lucha de clases, las tendencias populistas y haría de la democracia liberal una fuente de inspiración para las sociedades de América Latina.

6. Jonathan Hartlyn, *La política del Régimen de coalición: La experiencia del Frente Nacional en Colombia* (Bogotá: Centro de Estudios Internacionales (CEI)/Ediciones Uniandes/Tercer Mundo Editores, 1993).
7. Mauricio Archila, *Idas y venias. Protestas sociales en Colombia, 1958-1990* (Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2003) 347.

Para los años 60, la clase media era ya una idea fundacional, un discurso, una verdad, una fantasía colectiva casi incuestionable para legitimar un nuevo proyecto transnacional de dominación, que aparecía como el garante de un estado democrático, la fuente de estabilidad social y, sobre todo, como la evidencia de lo que se consideraba la forma apropiada de hacer política en democracias participativas y liberales. Se creía firmemente que la consolidación de la clase media serviría para evitar la radicalización política y la polarización social.⁸

Estos discursos, proyectos e ideas, jugaron un papel central en programas de desarrollo como la Alianza para el Progreso pues, en gran medida, legitimaron el poder imperial de Estados Unidos en América Latina. Sin embargo, la Alianza para el Progreso no fue una creación exclusiva del gobierno de Estados Unidos, sino un producto de un sinnúmero de discusiones y debates a nivel transnacional sobre cómo se debía ejercer el poder imperialista y la dominación de clase en un contexto de descolonización y radicalización política en varios lugares del mundo.

En este contexto debe entenderse la gran preocupación por lo social del Frente Nacional y sus programas desarrollistas. Ahora bien, reconocer tal preocupación no significa que se deba elogiar tales políticas. Es más bien una invitación a interrogar cómo las políticas desarrollistas fueron negociadas en la práctica para crear una serie de identidades sociales, y como veremos más adelante, se convirtieron en realidades cotidianas para muchos sujetos históricos durante la primera mitad de la década de los 60 que no se pueden ignorar.

Este es el caso precisamente con la formación de la clase media. Gobiernos latinoamericanos, intelectuales de izquierda y de derecha en las universidades más prestigiosas del continente y de Europa, así como entidades privadas en los dos lados del Atlántico promovieron una racionalidad política que celebraba el bienestar humano, el desarrollo económico y el entrenamiento político como medios para lograr, y así lo repetían sin cesar, que el mundo “subdesarrollado” pudiera participar productiva y democráticamente en el proceso de su propia dominación. Tales programas de desarrollo naturalizaron una democracia de clase, un orden en el que una clase media profesional —fabricada artificialmente, pero real— sería el símbolo de un Estado eficaz y representativo. La armonía social y política no solo detendría el avance del comunismo, sino que permitiría la convivencia jerárquica entre las clases sociales, cada una de las cuales debería ocupar una posición apropiada en la estructura de dominadores y dominados.

Así, la Alianza para el Progreso y sus políticas sociales durante el periodo del Frente Nacional, asignaron el poder político, los recursos económicos y, sobre todo, el derecho a gobernar en las democracias no a las oligarquías, pero tampoco a las clases trabajadoras, sino a lo que se concebía como el ciudadano democrático por excelencia: el profesional de clase media.⁹

8. Esto se amplía en el libro en preparación: A. Ricardo López, “The Makers of Democracy: The Transnational Formation of the Middle Class in Colombia, 1958–1982”.

9. A. Ricardo López, “Conscripts of Democracy: The Formation of a Professional Middle Class in Bogotá during the 1950s and Early 1960s”, *The Making of the Middle Class: Toward a Transnational History of the Middle Class*, eds. A. Ricardo López y Barbara Weinstein (Durham: Duke University

En el caso colombiano, todas estas ideas y discursos acompañaron un crecimiento económico y demográfico que algunos historiadores han caracterizado como uno de los más dramáticos del siglo XX. La población se duplicó entre 1938 y 1964. La inversión estatal aumentó drásticamente desde finales de los años 50. Al comenzar la siguiente década, la mitad de la población, que antes era abrumadoramente rural, se había desplazado a las ciudades.¹⁰ Como señala Aline Helg, durante aquellos años hubo un crecimiento de casi el 100% en la educación primaria, y de más de 500% de la educación privada. Los estudiantes de educación secundaria aumentaron en un 209%, la mitad de los cuales asistía a colegios privados. Se crearon varias universidades privadas y se expandieron las públicas. De los 761.9 millones de dólares que Colombia recibió como ayuda económica de Estados Unidos entre 1962 y 1969 —dinero que casi siempre se canalizó a través de contratos entre organizaciones privadas colombianas y estadounidenses por un lado y el Estado colombiano por el otro—, cerca del 40% se destinó a la expansión de la educación, a programas de desarrollo de comunidad, y a un sinnúmero de cooperativas y programas de independencia económica y reforma agraria.¹¹ Como resultado, podemos decir que el sector de servicio presenció un crecimiento acelerado y, con el sector industrial, se convirtieron en los dos sectores más importantes de la economía colombiana.

Estos cambios estructurales, así como la creación discursiva del papel que la clase media debía jugar en la democracia, abrieron y legitimaron una fuerte profesionalización de la sociedad colombiana. De hecho, ese fue uno de los objetivos centrales del Frente Nacional durante la década del 60. En 1959, Alberto Lleras Camargo, primer presidente de la coalición bipartidista y pionero en la consolidación de estos programas desarrollistas, señaló en una carta enviada a los profesionales que trabajaban en oficinas estatales:

Necesitamos una generación de profesionales como ustedes que se comprometan con la nación [...] que se comprometan con un estado libre y democrático. Todo colombiano debe cooperar eficientemente con la gran empresa de reconquistar la dignidad de la vida, la paz y la democracia. Si la Violencia nos ha traído 200.000 muertos por año, es más importante aún saber que vamos a hacer con las 400.000 nuevas personas que aún están vivas. Sabemos que es difícil [vivir] en un estado de violencia y esto lo hemos hecho, no veo porque no podamos vivir pacíficamente entre nosotros. Su trabajo es excepcional porque puede tener un gran impacto: o nos hunde en la violencia o nos lleva a la paz. Puede haber una solución satisfactoria para los problemas que hemos sufrido... dar a la humanidad de la patria un nuevo renacer salvándola de caer aún más en el abismo en la que se encuentra. El abismo entre aquellos pocos que actúan en contra de los intereses de Colombia y los muchos que cada vez están más pobres. La mejor manera es que

Press, 2012) 161-195.

10. James D. Henderson, *Modernization in Colombia. The Laureano Gómez Years, 1889-1965* (Gainesville, FL: University Press of Florida, 2001).

11. Jeffrey F. Taffet, *Foreign Aid as Foreign Policy: The Alliance for Progress in Latin America* (New York: Routledge, 2007). Este porcentaje es tentativo, depende del desarrollo de más investigaciones.

ustedes, con su preparación profesional, hagan un diálogo pacífico entre los muchos y los pocos ¿Existe alguna otra manera de trabajar para la patria y esta nación que tanto los necesita?”¹²

Esta era la tarea que los profesionales de clase media debían llevar a cabo: producir nada más y nada menos que la democracia, la paz y la armonía social para evitar la polarización y radicalización de la sociedad. Y fue mediante este proceso estructural y discursivo que ciertas identidades de clase media se consolidaron hacia fines de los años 50 y principios de los 60. Tales identidades no nacieron como una expresión transparente de las cambiantes condiciones estructurales y tampoco fueron solo un reflejo de los cambios socioeconómicos del inicio del periodo de la Guerra Fría: su formación dependió en buena medida de esos cambios estructurales, pero también de la creación de conceptos, lenguajes y prácticas sobre quién debía ser el sujeto del cambio social, político y económico en las democracias.

Las tareas que se le asignaron a la clase media ofrecieron un sinnúmero de posibilidades para estos profesionales educados en universidades públicas y privadas. El objetivo era que estos individuos se dedicaran a las que se concebían como las tareas democráticas por excelencia: por un lado “orientar” políticamente a las clases populares —campesinos y obreros— para que logran desarrollar todo su potencial humano y así, se asumía, aprendieran a vivir en democracias liberales y participativas; por el otro, “guiar” política y moralmente a los oligarcas tradicionales para que dejaran de serlo y se convirtieran en élites modernizantes, al estilo de las democracias estadounidense y europeas. La tarea fundamental era, en pocas palabras, lograr “la convivencia pacífica de clases”.¹³

Lo que argumento en este artículo es que estos dictámenes democráticos no fueron simplemente impuestos desde arriba y desde afuera. Por lo tanto, busco dilucidar el proceso a través del cual los profesionales negociaron el significado y las prácticas encaminadas a la construcción de una sociedad moderna y democrática. Estudio, además, cómo estas negociaciones —complejas, inacabadas, frágiles— permitieron que estos individuos se redefinieran constantemente como parte de una clase media y, por lo tanto, con el derecho jerárquico de gobernar en las democracias.

12. Carta pública de Alberto Lleras Camargo a los profesionales de Colombia, Despacho Señor Presidente, Comité de Relaciones Laborales, Febrero, 15, 1959. Intercambio epistolar entre Alberto Lleras Camargo, J.L. Lebre y Orlando Fals Borda, Despacho Señor Presidente, Comité de Relaciones Laborales, 1958-1960, PA; Archivo Orlando Fals-Borda. Ver también, “The Restoration”, *Time* (New York) December 16, 1957: 23; “Plan to end a Civil War: Government by Both Sides”, *US News & World Report* (Washington D.C.) December 20, 1957: 75.

13. La importancia del trabajo profesional en la sociedad contemporánea, Archivo del Centro Interamericano de Vivienda y Planeamiento (CINVA), Material de oficinas estatales y programas conjuntos del centro y otras dependencias gubernamentales de Colombia (1957-1961), sf.

2. De oligarquías a élites modernas

El Instituto de Fomento Industrial (IFI), una oficina gubernamental creada a principios de los años 40 encargada de administrar las finanzas de los programas estatales, intensificó sus políticas sociales a finales de los años 50 para la que se pensaba era la tarea inevitable de la segunda mitad del siglo XX: "industrializar, [...] democratizar, [y] modernizar la nación".¹⁴ Como parte de estas políticas, el Instituto contrató un gran número de profesionales que habían estudiado en universidades públicas y privadas para promover proyectos que, como parte de esa industrialización, debían propiciar la "humanización de las relaciones laborales en Colombia".¹⁵ La tarea era preparar a estos profesionales para que ellos, a su vez, crearan las condiciones sociales y políticas para una "convivencia entre capitalistas y trabajadores". Esto, se decía, ayudaría a expandir la producción industrial, la productividad laboral y, ante todo, consolidaría un "ambiente de paz en las relaciones laborales".¹⁶

El sociólogo Orlando Fals Borda, quien fuera director general del Ministerio de Agricultura y uno de los pioneros de estos programas de democratización en Colombia y América Latina, advertía, con cautelosa esperanza política, a algunos de estos profesionales:

¿Qué hacer con las clases dirigentes en Colombia? Porque de ellas, indudablemente, depende el curso de los próximos acontecimientos... los círculos de la élite no ofrecerá refugio, porque el aislamiento no podrá constituirse en defensa contra las emociones y aspiraciones de un pueblo... Si se acepta el postulado de la necesidad inherente de una élite en todas las democracias, debe emprenderse también una transformación de los principios de esa élite... una auto-renovación que le permitiera hacer frente a los retos de la sociedad, la adopción de un altruismo activo y de una actitud que la hiciera capaz de comprender con mayor simpatía los problemas sociales del país [...] En países política y económicamente subdesarrollados como el nuestro, compete a las clases dirigentes, para que, por una vez, utilizaran su ascendiente para dignificar y no para consumir; para construir y no para destruir; para iluminar la senda y no para oscurecerla.¹⁷

Esto no era, por supuesto, una invitación a una distribución de riqueza, sino más bien a la consolidación de una sociedad jerárquica desde la cual las élites pudieran responder a su privilegio y estatus. Es en este contexto, el IFI trabajó de manera muy cercana con el Instituto de Crédito Territorial (ICT), el Ministerio de

14. "Minutas de encuentros de la Junta directiva", [Bogotá], 15 de febrero de 1959. Archivo Instituto de Fomento Industrial (AIFI), Bogotá, Gerencia general, ff. 2-3. Para programas similares en el caso brasileiro, ver Barbara Weinstein, *For Social Peace in Brazil Industrialists and the Remaking of the Working Class in São Paulo, 1920-1964* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1996).

15. "Minutas de encuentros...", ff. 2-3.

16. "Minutas de encuentros...", ff. 2-3.

17. Orlando Fals Borda, *Soluciones sociales para los problemas del odio y la violencia* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1960) 5-7; Orlando Fals Borda, *Campesinos de los Andes; estudio sociológico de Saucío* (Bogotá: Universidad Nacional, 1961).

Trabajo, la Escuela de Administración Pública (ESAP), la Federación Nacional de Cafeteros (FNC) y el comité de cuestiones laborales de la Organización de Estados Americanos. Todas estas oficinas ponían en práctica lo que se discutía a nivel transnacional entre las élites intelectuales, los presidentes y los políticos en general. Así, en Bogotá se estableció un programa que intentaba llegar a “aquellos que mandan en las fábricas y no tienen contacto real con la vida nacional”.¹⁸ De la misma manera, a finales de los años 50 y principios de los años 60, la Oficina de Desarrollo de la Comunidad anexa a la Presidencia de la República, el Ministerio de Agricultura, el Centro Interamericano de Vivienda y Planeamiento Urbano (CINVA), el ICT y la FNC desarrollaron importantes programas alrededor de Bogotá para dialogar con quienes se consideraban en la “cima de la pirámide social”, es decir, con los “industriales, directores de compañías, administradores, propietarios y hombres de empresas, dueños de fábricas, jefes y directivos en general”.¹⁹

Mediante estos programas, los ingenieros, educadores, psicólogos, trabajadoras sociales, enfermeras, doctores y arquitectos empezaron a negociar sus identidades de clase con aquéllos que categorizaban como “los que mandan”.²⁰ Más aún, a través de estas negociaciones cotidianas, estos profesionales definieron sus identidades de género, pues pensaban que la tarea democrática que debían ejecutar era difícil y solo “hombres y mujeres de verdad” lograrían consolidar la anhelada paz social y laboral. Era una tarea que solo ellos, como profesionales bien preparados —y esto lo repetían una y otra vez en sus notas etnográficas— podían llevar a cabo, pues, a diferencia de las clases trabajadoras y las oligarquías a quien se les veía como manifestaciones del atraso nacional, se percibían a sí mismos como la encarnación social de la democracia y la modernidad. Como tales, eran ellos lo que debían convertir a las clases trabajadoras y a las oligarquías en sujetos modernos.

Pero en la práctica la tarea no era fácil. Desde finales de los años 50, luego de varios encuentros y negociaciones de clase, estos profesionales describían a las oligarquías como reacias al cambio. Aunque ha sido difícil ubicar respuestas específicas de los grupos oligárquicos, los reportes de los profesionales sugieren que sus programas de modernización no fueron bien recibidos por las élites. Es más, se puede decir que hubo un rechazo tajante pues, según las notas etnográficas, estas oligarquías “se [creían] que [estaban] por encima de todos”. No querían cambiar sus actitudes “retrógradas” pues estaban contentas de “vivir en el siglo XIX”.²¹ Así, muchos de estos profesionales dedicaban sus reportes laborales a quejarse de los oligarcas, a los que calificaban de “holgazanes del poder... holgazanes del capitalismo” que deseaban mantener y perpetuar “la corrupción, los privilegios, y el sectarismo político”. Todas estas actitudes y sentimientos anti-modernos, se decía,

18. “Minutas de encuentros...”, ff. 2-3.

19. “Minutas de encuentros...”, ff. 2-3.

20. “Minutas de encuentros...”, ff. 2-3.

21. “Informes de material de trabajo en fábricas aledañas a la ciudad de Bogotá (1963-1965)”, Bogotá, [1965]. AIFI, Bogotá, Subgerencia técnica, Departamento de estudios especiales, sf.

evitarían la verdadera consolidación de un proceso de democratización, manteniendo a Colombia como una tierra propensa a la violencia partidista y la enemistad social.²² Por si esto no fuera suficiente, señalaban que las oligarquías no estaban listas para un cambio democrático, pues eran anti-modernas, "pasivas, ignorantes, evasivas, atrasadas" y una fuente de "atraso social y político". Más aun, concluían, los oligarcas eran "ignorante[s] y mentalmente subdesarrollados", pues no podían desarrollar actitudes afectivas y sentimientos de compromiso por aquellos a los que se categorizaba como las clases menos favorecidas.

En un contexto donde las mujeres empezaban a desempeñar un papel importante como profesionales trabajando para el Estado, muchos hombres de esta clase calmaban sus ansiedades de género —pues la mera presencia femenina se pensaba como una fuente de desprestigio profesional y masculinidad— definiendo a los oligarcas como gobernantes impotentes, precisamente, por sus tendencias femeninas. Así, se le asignaba a la aristocracia un rol femenino que supuestamente no le permitía desarrollarse como una élite moderna. Las oligarquías, insistían estos profesionales, se comportaban como mujeres pues eran "inconscientes, descuidadas, insensibles [e] indiferentes" respecto a los demás miembros de la nación. Como buenas mujeres, además, a estas oligarquías solo les preocupaba el privilegio que podían disfrutar en "la privacidad [...] en las cuatro paredes de sus casas" olvidando así el papel activo y, por definición, masculino de salir a la esfera pública para convertirse en "verdaderos hombres... verdaderos líderes del progreso... verdaderas élites para la nación". La violencia de los años 50, concluían, no hubiera ocurrido si esos grupos hubieran desarrollado un sentimiento de "benevolencia, preocupación, y cariño".²³ Así, aislada de las realidades de la nación y desprendida de la sociedad, la aristocracia vivía en la burbuja del siglo XIX, llena de ignorancia sobre de las necesidades reales la nación colombiana del siglo XX.

Sin embargo, otros profesionales no estaban de acuerdo con esta descripción. Si bien coincidían en que existía en las oligarquías un sentimiento de pasividad e incluso que parecían "mujeres enfermas", también insistían que el problema era que estas sí tenían sentimientos hacia el resto de la sociedad colombiana. Pero tales sentimientos por los que vivían fuera de su torre de marfil eran de "hostilidad, agresividad, [y] desprecio". La violencia de los últimos años había ocurrido precisamente porque los oligarcas habían sido alimentados con "sentimientos de odio [...] y amamantados con valores de repugnancia, intolerancia [...] y asco" por el resto de la sociedad colombiana. Así, los miembros de la aristocracia se habían educado en un ambiente de "prejuicio de clase hacia la misma nación que los [había visto] nacer."²⁴ Era esta educación la que había llevado a la nación colombiana a una eterna confrontación social y política donde aquéllos que vivían de sus "pasiones autocráticas" en la cima de la pirámide social, solo

22. "Informes de material...", sf.

23. "Informes de material...", sf.

24. "Informes de visitas profesionales a lugares de trabajo en varias industrias del sector automotriz en Bogotá (1961-1963)", Bogotá, [1963]. AIFI, Bogotá, Subgerencia técnica, Departamento de estudios especiales, sf.

podían despreciar a quienes estaban en la base. Esto no permitía, afirmaban, que “todos los hijos de la nación vivieran en paz y armonía”.²⁵

Aunque la evidencia no es abrumadora, podemos decir que en este proceso de negociación los grupos oligárquicos no respondieron positivamente a los intentos de estos profesionales de lograr que se modernizaran. En un memorando enviado a la oficina de relaciones humanas de una agencia estatal, un “hombre de empresa” se quejaba tanto de la “ingenuidad [y] soberbia de estos profesionales” que intentaban decirles “cómo dirigir [sus] negocios”. En otra ocasión, se atribuía esa misma ingenuidad a la poca experiencia “de mujeres jóvenes que no sabían cómo presentarse en la vida pública”. Y es que, para muchos hombres de empresa, la mera presencia de mujeres profesionales en sus oficinas aparecía como una amenaza tanto de género como de clase. Estos rechazos, a su vez, provocaron respuestas de estos profesionales, quienes consideraban que eran precisamente dichos problemas los que debían ser transformados mediante un programa político-pedagógico, cuyo objetivo era instalar una serie de nuevos “valores, actitudes, intereses, simpatías, y sentimientos” en las oligarquías para poder convivir en paz y armonía con otros miembros de la nación. Más aún, la tarea en cuestión para estos profesionales era, por un lado, “modernizar y democratizar” las relaciones laborales/sociales y, por el otro, la “masculinización” de las oligarquías que las transformaría “en verdaderas élites” que se integraran a la nación y pertenecieran a “una democracia del siglo XX”.

Esto sugiere que los discursos y programas de la Alianza para el Progreso y las políticas sociales del Frente Nacional fueron apropiados, negociados y modelados por estos profesionales para lograr una identidad como hombres y mujeres de clase media. Debían “enraizarse” en la situación social de los oligarcas para entenderlos “desde adentro”, en su mismo ambiente cultural y en sus creencias éticas y morales.²⁶ Más aún, era necesario entender sus “universos de clase... [sus] códigos morales, [sus] experiencias de clase, [sus] cuestiones familiares” y así transformar los sentimientos que caracterizaban a la oligarquía para que llegara a conformar “élites modernas y entregadas a la nación”.²⁷

3. Disposiciones para la paz social

Luego de una cuidadosa lectura de varios archivos personales, resulta claro que estos profesionales, dada la dificultad de la tarea de convencer a los oligarcas que debían cambiar su papel en la sociedad colombiana, inventaron mil una estrategias para negociar ese nuevo proyecto político-pedagógico de clase y género. De hecho, puede decirse que estas mujeres y hombres profesionales se embarcaron en una

25. “Informes de visitas...”, sf.

26. “Informes de visitas...”, sf.

27. “Informes de trabajadoras sociales que participan en las actividades profesionales del Instituto en materia de industrias en la ciudad de Bogotá (1961-1965)”, Bogotá, 1965. AIFI, Bogotá, Subgerencia técnica, Departamento de estudios especiales, sf.

educación sentimental de las oligarquías que se materializó en negociaciones cotidianas —negociaciones que cristalizaron en conferencias, consultas profesionales y charlas personales. Este proyecto, siempre inacabado, intentaba elevar a la oligarquía —socialmente retrasada, políticamente desinteresada y, sobre todo muy femenina— a una élite cordial, comprometida y más masculina, que, por lo tanto, pudiera entender la situación social, económica y cultural del país. Esta educación sentimental, se decía, llevaría a que las oligarquías desarrollaran sensibilidades que fueran adecuadas para el progreso, aspiraciones que fueran ajustadas para la democracia y unas disposiciones de clase proporcionales con la posibilidad de una paz social.

En 1963, por ejemplo, un grupo de trabajadoras sociales y enfermeras que trabajaban para el IFI y participaban en entrenamientos profesionales en el CINVA y en el ICT dictaron una serie de charlas y conferencias sobre el problema de relaciones laborales y humanas en varias fábricas de Bogotá. Dado el desafío que esto significaba, fue necesario que estas profesionales practicasen una serie de estrategias para así persuadir a los “hombres de empresa” de su papel moderno en una nueva definición de las relaciones laborales.²⁸ Como respuesta a la negativa de esos magnates que veían la presencia femenina como una amenaza, estas mujeres profesionales pensaban que era obligatorio vestirse de acuerdo a la situación, pues había que dar “impresión profesional” y causar un impacto positivo en aquellos que había que convencer. Algunas de estas profesionales recuerdan:

Nosotras pensamos... bueno, estábamos seguras y en realidad casi todo el tiempo cuando nos vestíamos para la ocasión las charlas eran mucho más productivas. Era importante dar una buena impresión, pues de ahí iba a surgir una relación profesional larga y duradera. Nosotras no íbamos solo a ver a los trabajadores, nosotras íbamos a hablar con los dueños de la fábricas, con los directores de personal, no podíamos dar la impresión que lo que hacíamos no era profesional. Teníamos que mostrar seguridad y el vestir profesional daba esa impresión, que lo vieran a uno como un profesional que sabía lo que estaba haciendo. Así había más posibilidades que nos escucharan.²⁹

Después de preocuparse por vestirse profesionalmente, al parecer una segunda estrategia de negociación consistía en llevar a cabo varias visitas y recolectar información a través de una serie de encuestas sociales. Tales estrategias les darían a las empleadas del IFI una idea general de los deseos e intereses de los dueños y directivos de las fábricas en cuestión. De una manera más específica, buscaban evaluar qué tan motivados estaban estos hombres de empresa —social y políticamente— para participar en estos programas de relaciones laborales. Apropriadose de los discursos que eran promovidos por el Frente Nacional y la Alianza para el Progreso, las profesionales pretendían saber a “ciencia cierta” lo que los patronos y dueños de fábricas sentían por sus “hermanos de las clases menos favorecidas”.³⁰

28. “Informes de material...”, sf.

29. Entrevista de A. Ricardo López a Alicia Perdomo, [s.l.], noviembre de 2004.

30. “Informes de material...”, sf.

Para lograr esto, trabajadoras sociales, enfermeras e ingenieros industriales prepararon encuestas sociales que no podían ser ni muy específicas para no “herir susceptibilidades de clase”, ni muy generales, pues se corría el riesgo de que los patronos se desinteresaran por la encuesta social imposibilitando saber “científicamente” lo que sentían hacia las otras clases sociales. Así, aconsejaban a sus encuestados no preocuparse por encontrar la respuesta correcta. Lo que era importante era que los patronos respondieran de manera honesta, sin tratar de adivinar lo que los profesionales quería escuchar o leer. A la vez, era de suma importancia cuidar el lenguaje que se debía utilizar en las encuestas, pues se decía que cualquier palabra podía causar una reacción negativa y poner en peligro el proyecto pedagógico. Aunque hay varias versiones de estas encuestas, una rápida comparación revela que, en las versiones preliminares e incluso en las que se discutían entre quienes redactaban las preguntas, la palabra *patrono* se utilizaba con frecuencia para catalogar a aquellos que debían llenar las encuestas. En cambio, las versiones que al parecer se le entregaban a los encuestados el término se cambiaba por otro, que se consideraba más atractivo, y sobre todo, más moderno: “hombre de empresa”. Y es que, para algunos de estos profesionales, la palabra *patrono* podía representar “violencia, tradición [e incluso] machismo” pues condensaba la actitud de confrontación con otras clases sociales, que de hecho se quería superar.³¹ Y a pesar de que eran estas características con las que se describía a los miembros de esta clase oligárquica y tradicional, en el momento de los encuentros de clase era necesario utilizar el término hombres de empresa, pues se decía, que apuntaba y recogía una actitud más pacífica, una visión de un “hombre más sereno... menos agresivo, más amigable” quien, como un verdadero líder, podría coexistir con los trabajadores y ser un ejemplo de modernización de las relaciones laborales.

Después de estas discusiones de clase sobre el contenido de las encuestas, estos profesionales esperaban que los patronos —o, para seguir el lenguaje de las encuestas, los hombres de empresa— expresaran lo que realmente pensaban y sentían hacia sus propios trabajadores.³² Lo que parece ser la versión final de la encuesta revela la importancia atribuida al lenguaje para una negociación de clase productiva.

¿Debe un hombre de empresa preocuparse por sus trabajadores?

De acuerdo

Desacuerdo

De las siguientes afirmaciones, seleccione la que le describa sus sentimientos

1. El hombre debe estar al servicio de la máquina.
2. La máquina debe estar al servicio del hombre humano.

De las siguientes oraciones ¿cuál describe de manera correcta el papel que debe jugar el hombre de empresa en nuestro mundo moderno?

31. “Informes de material...”, sf.

32. “Informes de material...”, sf.

1. El hombre de empresa que es confanzudo y amiguero, le gusta favorecer a sus amigos y no conoce muy bien cómo funciona su empresa.
2. Un hombre de empresa impone su voluntad por la fuerza y ve el trabajo como una prisión.
3. Un hombre de empresa es aquel que es serio en su trabajo y hace del ejemplo su mejor herramienta de entendimiento.

¿Cuál es la preocupación fundamental de un hombre de empresa?

1. El bienestar del hombre.
2. El mantenimiento de la maquinaria.
3. El futuro del país.
4. Todas las anteriores.

De las siguientes descripciones, ¿cuál cree que se acerca a su vida en la empresa?

1. Alguien que piensa en los intereses de sus trabajadores.
2. Alguien que descuida e ignora los intereses de sus subalternos.
3. Alguien que se acerca a la realidad de los trabajadores de la empresa.³³

Si bien estas encuestas nos pueden parecer ingenuas políticamente e incluso triviales, es importante reconocer que, para estos profesionales, eran de suma importancia pues, se asumía, podían prepararlos para los encuentros. Más aún, argumentaría que tales encuestas sociales fueron estrategias de negociación a través de las cuales estos profesionales de clase media buscaban lograr un potente efecto político de clase. Las encuestas satisfacían lo que los profesionales veían como una necesidad imperiosa de transformar a estos patrones en hombres de empresa, transformar las oligarquías en élites modernas que apostaran al progreso y a la armonización de las relaciones laborales.

Aunque me ha sido imposible encontrar la tabulación estadística de estas encuestas, se evidencia el rechazo de las oligarquías hacia las estrategias de negociación empleadas por un sinnúmero de profesionales. Sorprendidos, unos decían que los patronos no tenían ningún interés por sus trabajadores. Otros profesionales reportaban, con frustración, que los patronos tenían poco de hombres de empresa, pues pensaban que los trabajadores no eran muy responsables y no pensaban por sí mismos.³⁴ Aun peor, los profesionales se quejaban ante sus superiores de que los patronos decían que los problemas se podían resolver “mejorando un poquito el salario”. El problema que se hacía evidente en sus notas etnográficas no era económico, sino más bien político y cultural. Los patronos —no hombres de empresa—, se decía, no tenían más que sentimientos de indiferencia y desconfianza por las clases trabajadoras. Para estos profesionales, los que ocupaban la cima de la pirámide social no actuaban como deberían actuar. Frustrados y ansiosos, se que-

33. “Informes de material...”, sf. Algunas encuestas son bastantes extensa para poder citarlas en su totalidad. Ver “Encuestas sociales utilizadas en fábricas aledañas a la ciudad de Bogotá (1963-1965)”, Bogotá, [1965]. AIFI, Bogotá, Subgerencia técnica, Departamento de estudios especiales, sf.; “Evaluaciones e informes de personal (1963-1965)”, Bogotá, [1965]. AIFI, Bogotá, Subgerencia administrativa, Departamento de personal, sf.

34. “Informes de material...”, sf.

jaban de que, a pesar de su preparación y conocimiento científico, las élites no los escuchaban, pues “tenían encima una arrogancia de clase imposible de cambiar”. Otros se preguntaban qué se necesitaba, “qué tipo de educación era necesaria para crear un sentimiento de pertenencia... un sentimiento social hacia los menos favorecidos”.³⁵

Estas frustraciones de clase e incertidumbres epistemológicas eran, a su vez, una fuente de inspiración para articular estrategias de negociación entre patronos y profesionales. Hay que recalcar que, a través de estas frustraciones y de las interminables negociaciones que simultáneamente se creaban, estos profesionales se redefinieron como parte de una clase media y además defendieron lo que concebían como el derecho democrático de gobernar en las sociedades modernas. Es decir, si las oligarquías no asumían su papel moderno, no se convertirían en verdaderas élites y mucho menos podrían participar en la consolidación de una paz laboral. Estos profesionales se pensaban como los únicos capaces de lograr esas tareas de gobierno en una sociedad que, pensaban, debería caracterizarse por la paz laboral y la armonía social. Así, no sólo aspiraban a distinguirse socialmente de esas “oligarquías tradiciones [sic] [que] querían vivir en el siglo XIX”, sino también a reclamar, a través de un detallado proceso político-pedagógico de los de arriba, lo que se concebía como el derecho democrático —es decir jerárquico— de gobernar y dominar a sus concebidos otros sociales.

Pero, dado que la tarea fundamental asignada a esta clase media en el contexto de la Guerra Fría era precisamente educar a las oligarquías, estos profesionales apropiaron, resignificaron y negociaron tales nociones para ubicarse en una posición jerárquica respecto de aquéllos que definieron como la oligarquía y quienes se encontraban en una necesidad de ser educados en las cuestiones de la democracia. En este proceso, los profesionales que trabajaban para el Estado emplearon un sinnúmero de estrategias para convencer, seducir y persuadir a los patronos —o futuros hombres de empresa— y convencerlos de cómo debían desarrollar las relaciones laborales y así lograr una paz social. Esta paz social se basaba en la construcción nuevas jerarquías sociales donde la clase media educada intentaba ubicarse simbólicamente por encima de aquellos oligarcas que, dadas sus tendencias tradicionales, no podían cumplir con la tarea de una élite de democracia liberal. En estas condiciones, la clase media profesional debía convertirse jerárquicamente en esa elite democrática.

Preparar charlas, conferencias y presentaciones se convirtió no sólo en la evidencia de un trabajo profesional, sino en una tecnología de negociación a través de la cual estos profesionales intentaron configurar lo que llamaban el “código ético de las oligarquías”. El estilo pedagógico de las presentaciones era crucial para negociar, educar, convencer y seducir a los patronos a los que iban dirigidas. Así, la mayoría de las conferencias seguían, de manera explícita o implícita, ciertos parámetros de composición, normas de presentación y narrativas de explicación

35. “Informes de material...”, sf. Ver también, “Encuestas sociales...”, sf.

que, según se pensaba, ayudarían en los procesos de negociación. Primero, era necesario hacer evidentes “los hechos sociales que no se podían cuestionar [pues estaban] científica y estadísticamente comprobados”. Luego, había que describir las “condiciones sociales de los grupos en cuestión” para terminar con las “sugerencias” a propósito de los problemas descritos.³⁶ En la narrativa política de esas presentaciones, los ponentes querían demostrar lo que las oligarquías no querían “ver ni escuchar... ni sentir: la situación de las clases trabajadoras”. Necesitaban explicar a estos potenciales hombres de empresa “cómo vivían los campesinos y sus familias, cómo vivían los trabajadores” lo que estos grupos sociales hacían, o dejaban de hacer, después de las extenuantes jornadas laborales.³⁷

En 1963, por ejemplo, Lilia Sanabria y María Eugenia Santana, trabajadoras sociales del IFI y el ICT, debían llevar a cabo una serie de charlas sobre relaciones humanas en una fábrica de la industria automotriz ubicada en la afueras de la ciudad. Creían necesario, ante todo, establecer su “autoridad profesional y objetiva” como verdaderas profesionales. Por ello, empezaban sus charlas diciendo:

Estamos aquí como profesionales y venimos a darles unas sugerencias y consejos profesionales, objetivos e imparciales sobre cómo comunicarse con sus trabajadores, cómo relacionarse con ellos [...] nuestra experiencia profesional y nuestro conocimiento de la situación social nos permite ofrecerle una visión objetiva de la situación social de su fábrica, de las necesidades de sus trabajadores y de los problemas que se puedan presentar. Nuestras evaluaciones científicas le ayudarán a valorar la situación y evitar soluciones facilistas que pueden llevar al deterioro de la paz laboral, la estabilidad financiera y la productividad de la empresa.³⁸

Luego de legitimar su autoridad profesional frente a los que se consideraban hombres de empresa, Santana y Sanabria se sentían seguras para explicar, y así lo sugieren sus borradores de la presentación y los informes presentados a sus superiores, cómo las clases trabajadoras se percibían en la sociedad colombiana. Como se dijo antes, estas mujeres pensaban que su discurso no debía ser demasiado específico ni demasiado general pues esto podría llevar a un desinterés por parte de los hombres de empresa. Quizás por esta razón, una de las estrategias más utilizadas como material pedagógico y de negociación con los hombres de empresa era presentar un tipo de historieta que contara historias cercanas a las experiencias de los hombres de empresa. Un cuidadoso trabajo de archivo en oficinas estatales sugiere que estas metodologías de gobierno fueron más comunes de lo que se podría pensar. A pesar de no ser parte de un proyecto bien organizado, sorprende que la mayoría de los profesionales utilizaban tales historietas para promover lecciones

36. “Informes profesionales a industrias del sector automotriz en Bogotá (1961-1963)”, Bogotá, [1963]. AIFI, Bogotá, Subgerencia técnica, Departamento de estudios especiales, sf.

37. “Informes profesionales...”, sf.

38. “Informes de trabajo en industrias del sector automotriz en Bogotá (1961-1963)”, Bogotá, [1963]. AIFI, Bogotá, Subgerencia técnica, Departamento de estudios especiales, sf.

de clase que pudieran persuadir, de manera indirecta, a estos patrones que debían cambiar sus actitudes y sentimientos hacia las clases trabajadoras.

La historia en cuestión relataba las actividades de un “patrono tradicional” y su transformación teleológica y, casi milagrosa, en un “hombre de empresa” quien, sería un promotor, en vez de un obstáculo, del progreso y la democracia laboral. Aunque la historia tiene lugar en una “fábrica cualquiera”, las profesionales compusieron ciertas abstracciones que dependían de lo que se esperaba de ellas en el contexto de la Alianza para el Progreso y las políticas sociales del Frente Nacional. Sin embargo, canalizaban estos discursos para imaginar específicamente cómo debían transformar a estos patrones. Había que llegar tanto al “corazón... al espíritu [como] al pensamiento” de los patrones.³⁹ Y, al parecer, la única manera de hacerlo era contando historias que se acercaran a su propia realidad. La tarea era descubrir sus sentimientos y contextualizarlos.⁴⁰

La historia describía un patrón tradicional que, según Santana y Sanabria, era inconsciente de su papel en una sociedad en permanente ebullición. Más aún, tal no tenía ningún “afecto social” hacia las clases trabajadoras y sus problemas, pues no se atrevía ni a conocerlos, ni acercarse a ellos. Este personaje, además, solo tenía percepciones “antiquísimas de los trabajadores y de la gente pobre” pues para él los trabajadores eran “objetos de producción, animales de carga... enfermos, sucios, malolientes, incapaces [y] buenos para nada”.⁴¹ Viviendo en un pasado anacrónico, este patrón oligárquico era “poco hombre” precisamente porque, por un lado, no quería modernizarse y dejar el siglo XIX, y por el otro, evitaba conocer la “verdadera realidad del trabajador colombiano”. Así, estos empresarios, con su falta de afecto y sus acciones poco masculinas, solo cultivaban una relación paternalista donde ni ellos, ni las clases trabajadoras podían desempeñar un papel activo —y masculino— en el desarrollo de la nación pues solo lograban expandir el “abismo entre oligarcas y clases trabajadoras”.⁴²

En cambio, Santana y Sanabria decían que los hombres de empresa eran, ante todo, “hombres activos”, deseosos de dejar sus privilegios, así fuera por un momento, para encontrarse “cara a cara” con las clases trabajadoras y encaminarse conjuntamente hacia el desarrollo de la paz laboral y social. Debían luchar contra las tendencias “femeninas” —es decir, esos deseos de aislarse en el privilegio de lo “privado” olvidando las realidades “públicas” del país—, debían desarrollar un “espíritu social” que les permitiría cultivar una simpatía por las clases trabajadoras y contribuir al crecimiento de la nación. Tal simpatía, concluían las profesionales, llevaría a los hombres de empresa a reconocer que una “relación íntima entre los que trabajan y los que dirigen” propiciaría el desarrollo pacífico y democrático de una sociedad donde cada grupo asumiera sus responsabilidades. Una sociedad donde, concluían, “unos [tenían] que dirigir y

39. “Informes de trabajo...”, sf.

40. “Informes de trabajo...”, sf.

41. “Informes de trabajo...”, sf.

42. “Informes de trabajo...”, sf.

otros cooperar".⁴³ Pero las quejas de los mismos profesionales sugieren que, a pesar de las estrategias de negociación, las concebidas oligarquías no daban una respuesta positiva. Ciertos profesionales decían que estos patronos no querían ni sentir y menos aún abrazar el "sentimiento de servicio nacional".⁴⁴ Otros simplemente escribían: "¿Qué tipo de educación se necesita para instalar ese sentimiento de servicio a la nación... de pertenencia a la nación? ¿Por qué actúan en contra de la nación, en contra de sus propios hermanos, en contra de la propia sociedad a la que pertenecen?"⁴⁵

De esta manera, estas negociaciones y metodologías de enseñanza permitieron a los profesionales legitimar un proyecto de clase y género que se consolidó a través de un dilema particular. Por un lado, los profesionales crearon sus propias identidades como miembros de la clase media a través de la creación de uno "otro" jerárquico y antagónico: los feminizados oligarcas, los poco hombres, el patrón tradicional, el capitalista holgazán. Las oligarquías, ese "otro" constitutivo pero excluido, debían educarse y transformarse para convertirse en "verdaderos hombres y élites modernas." Su diferencia respecto de este sector social les permitiría a los profesionales distinguirse como clase media y legitimar el derecho jerárquico a gobernar a aquéllos que no estaban listos para hacerlo por sí solos. Sin embargo, estas negociaciones de clase estuvieron marcadas por frustraciones profesionales que constantemente ponían en entredicho el papel que se le asignaba a la clase media como fuerza democrática. Con todo, este rol revalidó su supuesto papel democrático pues eran ellos los únicos que, como clase, podrían lograr tal modernización. A través de estos dilemas, la clase media profesional negoció internamente su papel en una sociedad cambiante y, para mediados de los años 60, en permanente radicalización. De hecho, muchos de estos dilemas y negociaciones de clase moldearán la radicalización política de una clase media profesional a partir del segundo lustro de esa década, precisamente porque la incapacidad de las oligarquías de "auto-renovarse" y su férrea resistencia a los programas modernizantes, llevaría a muchos de ellos a pensar que el cambio social no se podía dar a través de negociaciones de clase, sino más bien a través de luchas sociales y revoluciones políticas. Esa será la historia para muchos miembros de la clase media en los años 70.

Fuentes primarias

Manuscritos

Archivo de la Presidencia, Bogotá, Colombia

Archivo Instituto de Fomento Industrial (AIFI)

Archivo Ministerio de Agricultura y Cooperativa Técnica Colombo-Americana, (STACA)

Archivo del Centro Inter-Americano de Vivienda y Planeamiento (CINVA)

43. "Informes de trabajo...", sf.

44. "Notas de campo, visitas requeridas por varias industrias del sector de cemento (1959-1963)", Bogotá, [1963]. AIFI, Bogotá, Subgerencia técnica, Departamento de estudios especiales, sf.

45. "Informes de trabajo...", sf.

Oral

Alicia Perdomo, entrevista realizada por A. Ricardo López. [Bogotá], noviembre, 2004.

Periódicos y revistas

Time (New York) 1957.

US News & World Report (Washington D.C.) 1957.

Bibliografía

- Archila, Mauricio. *Idas y venias. Protestas sociales en Colombia, 1958-1990*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2003.
- Fals Borda, Orlando. *Campesinos de los Andes; estudio sociológico de Saucío*. Bogotá: Universidad Nacional, 1961.
- _____. *Soluciones sociales para los problemas del odio y la violencia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1960.
- Grandin, Greg. *The Last Colonial Massacre: Latin America in the Cold War*. Chicago: University of Chicago Press, 2004.
- Hartlyn, Jonathan. *La política del Régimen de coalición: La experiencia del Frente Nacional en Colombia*. Bogotá: Centro de Estudios Internacionales (CEI)/ Ediciones Uniandes/Tercer Mundo Editores, 1993.
- Henderson, James D. *Modernization in Colombia: The Laureano Gómez Years, 1889-1965*. Gainesville, FL: University Press of Florida, 2001.
- Joseph, Gilbert. "Close Encounters. Toward a New Cultural History of U.S.-Latin American Relations". *Close Encounters of Empire: Writing the Cultural History of U.S.-Latin American Relations*. Eds. Gilbert Joseph y otros. Durham, N.C: Duke University Press, 1998.
- Latham, Michael E. *Modernization as Ideology: American Social Science and "National Building" in the Kennedy Era*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2000.
- López, A. Ricardo. "Nosotros también somos parte del pueblo gaitanismo, empleados y la formación histórica de la clase media en Bogotá, 1936-1948". *Revista de Estudios Sociales* 41 (2011): 84-105.
- _____. "Conscripts of Democracy: The Formation of a Professional Middle Class in Bogotá during the 1950s and Early 1960s". *The Making of the Middle Class: Toward a Transnational History of the Middle Class*. Eds. A. Ricardo López y Barbara Weinstein (Durham: Duke University Press, 2012).
- Taffet, Jeffrey F. *Foreign Aid as Foreign Policy: The Alliance for Progress in Latin America*. New York: Routledge, 2007.
- Vaughan, Mary Kay. *La política cultural en la Revolución: maestros, campesinos y escuelas en México, 1930-1940*. México: Fondo de Cultura Económica, 2001.
- Weinstein, Barbara. *For Social Peace in Brazil: Industrialists and the Reworking of the Working Class, 1920-1964*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1995.